

Horas del alba

Manuel Valles



Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

*A los poetas llamados modernistas que, con su obra, me enseñaron a amar la poesía y
acompañaron mi camino desde niño, en aquellas tempranas horas del alba.*

Sobre el autor

Manuel Valles, nacido en México en el año 1975, empezó a escribir poesía de manera empírica desde su adolescencia; luego de unos años, estudió creación literaria, pero siempre se ha asumido como un ser autodidacta. Sus referentes son tres poetas mexicanos a los que admira: Luis G. Urbina, José Gorostiza y Octavio Paz. Para el poeta, no es importante mostrar la curricula de los escritores, sino su obra en sí, ya que eso es, como dice él: "lo que finalmente importa".

índice

Oda al gato

Entierro

Tlalpan

Nocturno

En los conventos de Tlalpan

Una tarde en el Parque Hundido

Panteón San Marcos (Pequeña sátira)

Numen

Deshonras fúnebres

Bajo la luz de la luna (Pequeño arrullo)

Niño de invierno

El misterio de la estatua

Templo de San Agustín de las Cuevas

El pastorcito

Añoranza

El signo de Aqueronte

¡Sálvate!

¡Ay de las hojas!

Poema de un hombre solo

El color del álamo

El Tártaro

Aldeas de Galicia

Puerta antigua

Idilio

Casa abandonada

La hora del crepúsculo

Estaciones

Casa abandonada II

Diciembre

Gris

La diáfana presencia del polvo

Flor de invierno

Soledad del sauce

Oda al gato

¡Hermoso animal!

Sal esta noche

a jugar entre la hierba, te lo pido,

sal y contempla la luna

con tus ojos, luminosos,

como luciérnagas

en el fondo de un pozo abierto.

Sal con tu maullido

parecido a una aguda ráfaga de viento

y acompaña el insomnio

de este poeta viejo, y luego,

con tus patas que adoro,

vuelve cautelosamente

a mi lado, pequeño,

vuelve para que mi mano

juegue sobre tu lomo

y contento des un salto

de la cama al ropero,

del ropero a la mesa,

de la mesa al librero

y caiga estrepitosamente

un mamotreto al suelo.

¡Hermoso animal!

Tu ronroneo

es una bella canción de cuna

invitándome al sueño.

Quiero verte siempre

dormir al pie de mi cama,

como espantándome a la muerte.

Ven y acurrúcate

en el hueco de esta noche

junto a mi cuerpo,

que tus bigotes acaricien
la orfandad sin fondo
de mi existencia vana,
y que una leve sonrisa en mi rostro
se asome anunciándome
tu inconfundible presencia
de constelación y sombra.
Tu silencio, pequeño amor,
rebota a veces en el eco de las cosas,
como el aire.

Entierro

Va la muchedumbre, de pies enjutos,
rumbo al cementerio a enterrar al hombre.
La esquila toca en la espadaña, triste,
pausado gemido en metal de luto.

El pueblo, silencioso, se convierte
en sueño perenne de almas en bulto.
El infortunio apenas arremete
un amargo sino en el sol difunto.

Pálido ramo de flores, en brete,
urgan en la incertidumbre, me asombro:
¡cómo es que va empujándonos la muerte
al lúgubre momento del óbito!

Tlalpan

Tlalpan mío, pueblecito sureño,
metido en esta gran urbe que nos come,
¿a qué te sabe la lluvia de junio
que se resbala en tus muros de adobe?

Recorro tus calles angostas, largas,
entre casonas viejas, casi ocultas
entre el ramaje de las *trepadoras*
que en este mes imperan, por la lluvia.

¿Quién pintó tus recovecos de verde,
Tlalpan mío, y el musgo de tus fuentes?
¿Quién dejó un trozo de amor en tus parques
y aquel silencio brumoso en tus tardes?

Nocturno

Yo veo esta calle cuando de noche llego
y soy un habitante lúgubre sobre ella,
desdibujado entre sus vapores viejos.

Me gustaría platicarle de mis penas
y recoger con mis dedos el olvido,
sentado en el poyo de mi muro en ruinas.

Y compartir la luna sobre una mesa
en rebanadas de luz a los mendigos
y aquel viento que me aguarda, taciturno,
a esta hora de la noche en que soy lamento
y la calle un cementerio de mis muertos;

a esta hora de la noche en que uno está solo
y hay un farol en una esquina, sin almas,
y hay un ramaje crecido por la lluvia
y un pesado olor a tabaco marchito
y un perro hundido en el hueco de la noche.

¿Por qué no te escondes, calle, cuando llego?
¿Por qué te me presentas palurda y quieta,
con tus horrores y tus noches de infamia
y la tristeza pegada en tus banquetas?

En los conventos de Tlalpan

Madre Priora: mirad los arbustos,
mirad las aves picar los frutos;
si no los cortan vuestras dos manos,
¿qué melosa fruta preparamos?

Todo en la cocina está dispuesto.
La hermana, en gracia, va a lavarlos,
pondrá mermelada en nuestros platos
y al Obispo habremos convidado.

Suena ya la campana del rezo,
dejemos por hoy el alimento.
Madre Priora, mirad mi corazón,
¡reventándose está de contento!

Mañana se venderá en el atrio
toda la conserva del verano,
después de misa la ofreceremos
a los fieles y ¡Dios de antemano!

Día de San Agustín de las Cuevas,
día de fiesta en la plaza de Tlalpan,
las monjas preparando delicias,
ya sean rompopo, pan o conservas.

Veintiocho de agosto, día de fiesta,
los jardines de Tlalpan se llenan
de puestos, colores y alegría.
Agosto sea dicho: ¡mes de fiesta!

Una tarde en el Parque Hundido

A Tomaso Albinoni

(Padre de la música barroca)

Llega a mi alma el sonido aquel, suave y cortés,
de un concierto lejano que apenas se oye.
Entre la bruma de esta mañana triste
algo se alegra en las honduras del parque.

Sentado en la banca del jardín, sin gente,
siento un viso musical en los árboles,
no hay bisojo en la mirada que me turbe,
solo hay tu música, Tomaso, por siempre.

La niebla es una caricia que me cubre
y mi cuerpo una gran masa que sucumbe,
mas la música levanta mi alma pobre
y a su generosa luz pido me alumbre.

Mi alma halló su cobijo en tus notas, hombre,
y al abrigo de tu música celeste
un concierto vuestro, abulico os pide,
el angustioso desvelo de lo ausente.

Panteón San Marcos (Pequeña sátira)

El llanto de los deudos se fue lejos.
El difunto yace en la sepultura.
¿A dónde fueron llantos y gemidos?
¡A repartirse alegres la fortuna!

El muerto quedó para siempre abajo,
en el hueco silente de la fosa.
Los deudos se disputan el legado
-entre pleitos y empujones, la mofa-.

Triste es el destino de un cementerio:
albergar en su seno las *coronas*
que el tiempo irá pudriendo sin remedio,
dejándoles marchitas las corolas.

Numen

Si pudiese volar sin tus alas
y ver las estrellas altísimas
sin la onda luminosa que les das,
sería un hombre más en la corriente,
atrapado en un vuelo vacío,
pero llegan tus ojos y me dan,
a veces a fuerzas, sin quererlo,
una mano que se mueve loca.

Ven, numen, a dormirte en mi boca,
agita tu respiración lenta
en la oscura punta de mis dedos,
toma mis ojos y llévatelos
allá, donde cae la vida vieja
y la sombra de las cosas muere,
porque la vida feliz asombra
solo a aquellos de tan poca monta.

Deshonras fúnebres

Porque ya no hayan más dictaduras en Latinoamérica, como las de Videla y Pinochet; va el siguiente poema, dedicado a estos dos monstruos.

Suele vomitar la tierra
cuando en su hueco de madre
sepultan en su entraña
a los hombres infames.

Si en cenizas los convierten
¡el mismo polvo se indigna!
No hay cabida para ellos
ni en la vida ni en la muerte

Únicamente sus pares
increíblemente les rinden
nefandos honores
y oscuros ceremoniales

Sus nombres siguen en la historia
como moscas que no se rinden
son *generales* del crimen
que aún muriéndose deshonran
el intrínseco reposo
que se debe a los mortales.

Bajo la luz de la luna (Pequeño arrullo)

Misteriosa es la forma
como de piedra encantada
misteriosa es la luna
con esa forma en su cara.

Mientras aquella anciana
entre sus brazos arrulla
a una bella criatura
bajo la luz de la luna.

Niño de invierno

*A los niños abandonados
y no queridos.*

Niño, ¿acaso en tu corazón pequeño,
el mundo entero cabe en un solo sueño?
¿A qué juegas, pequeño niño de invierno,
a la soledad que, como un gran anhelo,
se estira y encoge igual que un cordón viejo?

El misterio de la estatua

Todo sucumbe en esta fría mañana:
vi a los insectos nocturnos refugiarse
en el hueco de una estatua abandonada.

Mi cuerpo abatido corrió a ocultarse
al abrigo de aquella mole tallada
y al ir mi cuerpo hacia ella y disponerse

quedose entonces petrificada mi alma:
yacía escondida en la piedra, burlándose,
igual que de mi cuerpo lo hizo la estatua.

Templo de San Agustín de las Cuevas

Evoco la luz de un fósforo que alumbre
la compasiva mirada de los santos.
Evoco una ventisca en el campanario
que limpie, de las campanas, toda herrumbre.

Evoco las amplias sombras de tu atrio
y voy camino hacia tu altar y en silencio,
sobre el dolor de mis rodillas me postro,
en comunión con responsos y lamentos.

Evoco en las oraciones de mi abuela
la luz endeble de una fúnebre vela
y ante tu altar bendito mi llanto invoca,
de mis pecados, la expiación anunciada.

El pastorcito

¡Ay, pastorcito que vas descalzo por los campos!
¡Ay de tu cuerpo, con harapos viejos cubierto!
¿Por qué el sol de la infancia no te calienta el cuerpo?
¿Acaso el invierno, con su frío, lo ha ahuyentado?

Dime, pastorcito: ¿y esa barriga con hambre?
-¡Quién alcanza la luna con su panza de estambre!-
Las ovejas juegan a esconderse entre los mimbres
y en tu cansancio, los ojos se te duermen tristes.

Añoranza

Una ventisca trajo a mi memoria,
junto a una parvada de gorrioncillos,
el recuerdo de mis infantiles días,
pintados cada uno de amarillo.

Pasé las horas vagas contemplando,
del jardín de mi abuela los rosales,
mi abuela que despertaba cantando,
cuidando con esmero los frutales.

¡Ah, los días que jugué inocente a todo!
En mis recuerdos, éstos se han quedado
y los años se me han venido encima
¡cual nube de pájaros anidando!

El signo de Aqueronte

Suspendida quedose en el viento
la tristeza que me ha puesto en luto.
Los faroles brindan su luz, quietos,
¡semejantes me han sido en su tedio!

Ayer murió en el jardín un árbol
y el farol aquel siguió alumbrando.
Tendiose en el suelo mi lamento
de malesa cubriose mi duelo.

No espero de Dios el gran consuelo
-mi dolor tiene cierto recelo-
Le brindo a la noche mi silencio,
¡se lo brindo en medio del desvelo!

¡Sálvate!

¡Sálvate oh Cristo de lágrimas negras!
¡Sálvate de este mundo que lastima!
¡De este mundo que en tu nombre corrompe
y de las encíclicas que ha hecho el hombre!

¡Sálvate de los *pastores* y *ovejas*!
¡No son ellos los dueños de tu Padre!
-¡Aunque en su nombre atesoren riquezas
y por él hayan derramado sangre!-.

¡Ay de las hojas!

¡Ay de las hojas que caen
y cual manto se tienden
en los jardines solos
sin que nadie las mire!

¡Ay de las hojas triste
que tienden su agonía
en el sombrío estanque
de una vieja abadía!

¡Ay del lamento que trae
consigo el crujir de hojas
en un otoño que cae
oculto entre las verjas!

Este dolor que canta
aquesta mi pobre alma
es un dolor que brota
en cuatro chorros de agua.

¡Ay de las hojas que caen
y sin amor me dejan!
¡Ay desta mi pobre alma
que muy triste se aleja!

Poema de un hombre solo

Solo, como un árbol
que en el andar se ha quedado,
sin algún otro árbol
que le acompañe lo andado.

Solo, contemplando
de la luna su gran hueco,
colmado de sueños
que nunca lograron serlo.

En este desvelo
se cae un viejo lucero
y es acompañado
por lirios que van muriendo

El color del álamo

El cielo se mira como un gran hueco
y aparece entonces el gran Cerebro.
La muerte es bruma entre el ramaje negro
de los árboles que de pie han quedado.

Suspiro y llanto. Dolor y gemidos.
¡Mal habéis nacido y como castigo,
oh, alma de engendrado y negro sino,
los negros álamos te abren camino!

El Tártaro

Descended, oh, alma, sin temor,
descended y mirad la entrada,
mirad, oh, los álamos negros
y a vuestros parientes piadosos
suplicarles una moneda.
Mirad que el avaro Caronte
yace esperando en su embarcación,
esperando sobre el Estigia
a conducir vuestra alma triste.

¡Oh, alma pobre que cruzaréis!
¡Pena siento por vuestra Merced!
Cerbera aguarda en el Tártaro
y Hermes a conduciros no va.

Llegaréis a donde el bosque aquel
y veréis en él un estanque
dónde yace un álamo blanco,
bebed de su agua y obtendréis,
oh, alma común, la ventaja
que seguro habrá de llevaros,
estando en praderas de Érebo,
a reposaros sin más temor
en los jardines del Elíseo.

Aldeas de Galicia

A Angel Artai

Tus aldeas de antigua piedra
se miran caídas por el peso del tiempo,
pero erguidos los castaños
que el invierno desnuda
con su alba lengua,
con su viva llama de hielo,
y entre la hojarasca
de esos árboles centenarios,
siempre habrá unos pies trizando
un erizado ramillete de ortigas;
siempre un ser
que dejará abandonados sus pasos
junto a un molino viejo que duerme
-huérfano de agua y semillas-
dejando el sudor peregrino
de sus manos
en el vidrio roto y tembloroso
de una ventana indiscreta
o en la puerta entreabierta
que siempre espera
el rumor de un viento suave
que converse con ella.

La noche cae sobre tu lomo grande,
Galicia,
a veces como un hueco que mira,
otras como un manto
que cobija el sueño santiaguino;
y allí queda el viandante,
con su sombra pegada en el cruceiro,
abrazado al silencio de un hórreo

y esperando a que el amanecer gallego
le deje húmedas las mejillas
y el alma colmada de dichas.

As vosas antigas aldeas de pedra
parecen caídas baixo o peso do tempo,
pero os castiñeiros erguense,
ladrados pola lingua branca
do inverno,
coa súa viva chama de xeo,
e entre as follas caídas
desas árbores centenarias,
sempre haberá pés susurrando
unha mancha eriçada de ortigas,
sempre un ser que deixará os seus pasos
abandonados xunto
a un vello muíño que dorme
-orfo de auga e sementes-
deixando o suor das mans do peregrino
sobre o cristal trémulo e roto
dunha fiestra indiscreta
ou sobre a porta entreaberta
que sempre agarda
o murmurio dun vento suave
para conversar con el.

A noite cae
sobre as túas grandes costas,
Galicia,
ás veces
coma un abismo que mira fixamente,
outras veces coma un manto
que acubilla
o soño de Santiago;
e alí queda o caminante,

coa súa sombra aferrada
á cruz do camino,
abrazado polo silencio dun celeiro
e agardando que a aurora gallega
deixe a súas meixelas húmidas
e a súa alma chea de alegría.

Puerta antigua

A Moisés Gallego

Han llegado a ti los inviernos,
a tu pesada madera,
al descompuesto color
de tu alegría párvula
-esa misma alegría
que se quedó niña en el tiempo -
Las manos que abrían y cerraban
como párpados alegres
tus tablones,
se han ido perdiendo
en un polvo arrugado y yerto.

Si te vieras al espejo,
con los ojos astillados que tienes,
verías lo malvado que son los años
y lo infame de sus días que pasan
y no detienen
la indolencia de su marcha;
verías cómo una costra enferma
va haciéndose grande
y botando tu aldaba,
echándola afuera como un diente flojo;
verías la presencia
de una multitud de agua
y sus lágrimas ir cayendo,
descuajadas,
en cada una de tus vetas,
dejando en ellas
la simpleza de un triste
y *apiscaguado* manchón oscuro.

Idilio

Somos en esta hora turbia,
bajo el blando haz de la luna,
sobre el manto de las hierbas,
metidos en el agujero de la noche,
una simple y breve
exhalación de la niebla.

Casa abandonada

La casa abre su desvencijada puerta.
Con tristeza me pregunta: ¿qué fué de aquellos
que habitaron mi interior de noble madera?
¿Qué fué de la risa atrapada de los niños?
¿De los viejos leyendo sus libros de aventuras?

Las cortinas, roídas, se fueron muriendo
igual que los trastes sucios de la cocina.
La historia quedó envuelta en los trapos húmedos,
en los olores antiguos que me platican
del tiempo convertido en recuerdos y escombros.

Hay un hondo silencio clavado en las bardas
y cada objeto es cómplice de lo callado.
Afuera se han secado y muerto las hortensias,
solo persisten en su terquedad las hiedras,
bebiéndose el agua estancada de los pozos
y trepándose a los muros como ladronas;
pero...¿qué robarse en una casa vacía?
¿Quizá el último sorbo de café en la taza
y el eco de las últimas palabras dichas?

-Podrá comprender bien mi buen entendimiento
que tal hurto no es posible en este abandono-.

Se habla de cosas estirando algo el pañuelo,
pero esta casa llora cerrando su boca
y tímidamente va chorreando en sus muros
un nostálgico sino de desventuras.

La hora del crepúsculo

Cae la luz del día
en los congelados párpados del agua.
Llega y se pega en las paredes viejas
y en el sueño ligero
de los utensilios dormidos en la mesa.
En aquellos trastos sombríos, sin alma,
arrumbados
en el rincón mohoso de las desdichas.
Su presencia duerme
en el cuerpo sudoroso del hastío;
agiganta el cochambre
de los muros umbrosos.
La tarde revienta el mugrero acumulado
en una vieja y parda celosía;
es entonces que el desacierto
se licua en mi boca
como un discreto
manejo de pesadumbre.

Estaciones

¿Qué fue del otoño?
¿Por qué cayó de los árboles
con su indomable peso en las hojas?
¿En qué lugar guardó el verano
sus sofocadas cenizas?
¿Y la primavera de flores abiertas,
por qué dejó su lengua,
su aroma agrio,
su bofetada seca y quemada
en las mejillas de la leña?

No me importa el fuego hostil
de las estaciones infames,
no son más que una soflamada
podredumbre.
Me importa el frío
y el invierno que se pega en mis ojos
como un polvo de huesos húmedos;
el mismo que pega
en las ventanas su mácula,
-como las lágrimas
cuando empañan mis ojos-.

Casa abandonada II

El tiempo me recibe en la estancia
con su mano tendida en el polvo.
Hay un halo de luna atrapado
en las viejas telas de la infancia.

La tristeza de junio se agolpa
y anuda lágrimas en los ojos
deshilados y hondos de la alfombra.

Pongo mi cansancio en una silla
y desde la escena de su enfado
escucho que gruñen las polillas.

La mesa está en un negro letargo
y en su brozna madera hay un plato
rebotante de gusanos secos.

La tarde es un brote de ictericia
-con su lengua enferma en las paredes-
El salitre abre su grande boca
devorando pintura y ladrillos.

Hay escobas conversando, tristes,
en un lenguaje que araña el suelo,
puestas en el sitio más ocioso
de un caído cobertizo en ruinas.

Hay cierta nostalgia en el ambiente,
como lloriqueo de fantasmas
o una mataperrada de duendes:
voces ocultas en esta casa.

La humedad es una ancha lágrima

que deja su aroma en los camastros.
La herrumbre es una costra pegada
en los tímpanos del crepúsculo.

Hay una puntualidad de sombras.
Oigo un sollozo conteniéndose,
atrapado en las cosas inertes:
es la hora solemne de difuntos.

¡Oh, almas limpias del purgatorio!

Reuníos en torno a este abandono
-cobijo decumbente del polvo-
y guardad para siempre las horas
que el tiempo aprisionó en esta casa.

Diciembre

Ven, diciembre, cuelgate en mi espejo. La ciudad suelta su aroma quemado y el gris de los autos es una nata espesa que devora a los hombres en este invierno. Soy apenas una estatua de niebla cuya sombra enjuta, temblorosa, cae golpeada por tu aliento níveo. Ven y marca, como cada año lo haces, las puertas de los pobres con tus residuos enfermos; mientras los ricos despedazan los pavos puestos en la grosería de las mesas. Ven, no llegues de golpe, *acurrúcate* antes junto a mi cuerpo desnudo y duérmete un poco, antes que el amanecer del nuevo año llegue con su filo y nos corte el alma.

Gris

Hoy es un día más, perdido, cuajado por el sol en la turbia quietud de unas aguas difuntas. El crepúsculo llega y me cuenta, con su oficio cargado en mi espalda, los rumores de una muchedumbre que va correteando palomas, con la punta de sus pies apagados. La noche se tiende como un cadáver sobre mi cuerpo. Quedo atrapado nuevamente entre mis cuatro paredes locas y soy feliz porque mi alma anda ciega y mi espíritu se arrastra, enfermo, en el lodo de la dicha inútil. Nada sé. Mis ojos abren y cierran sus ventanas sucias hilando su telar de imágenes pobres en el amplio polvo de las cortinas. Los días vendrán y se apretarán como un cinturón cerrado, y para que sigan girando sobre su eje, se ahondará el vacío enorme de una sonrisa, enmarcada en el flaco rostro de las gentes.

La diáfana presencia del polvo

Todo será polvo:
esta hoja seca, olvidada,
abandonada en su pequeña muerte,
trozada por el viento lívido
de mil zapatos fantasmas.

Será olvidada su presencia
y el recuerdo verdoso
con que nos comunicaba vida,
alegría; y cierta majestad
nos invadía el alma.

Todo será olvido entonces,
porque los hombres
no recuerdan nunca lo vivido;
lloran a veces, callados,
como avergonzados
de haber sentido.

Así esta hoja pequeña, huérfana,
sin memoria ni raíz
y herida por insectos que la comen
con un ademán insaciable,
como de bestias erguidas por el hambre.

Todo pasa, se vuelve polvo:
el amor mismo
-envoltorio fugaz de nuestros cuerpos-
pasará cual ventisca
y será una sombra perdida
en sí misma.

Solo el polvo es eterno,

diáfano,
como las notas de una musicalidad
sin sentido.

¿Qué hacer mientras tanto?
¿Dónde hallarán cabida nuestros cuerpos?

Flor de invierno

¿Cuántas veces tus pétalos se abren
y caen en la noche como lágrimas de luna?

Dime al oído tu respuesta.
Dímelo ahora,
acariciando el tímpano de mis oídos atentos.

Dímelo en voz baja
para que tu presencia se quede en mi boca
y, como un sello,
guarde mis palabras en su aroma.

Dímelo antes de que la mañana
cierre sus párpados húmedos
y, en declive,
todo lo que ande se detenga
en la hora quieta de este día.

Soledad del sauce

Vencidas tus ramas, sauce,
apuntan hacia el suelo su mirada verde
y tus hojas caen como lágrimas espesas
en la abandonada ciénaga de los hombres.
Hoy has perdido el abrigo de gusanos
que un día se deslizó en tus ramas
como una caricia negra.
Desnudo quedas, y eres tan bello,
con esa melena de enmarañado heno,
que en mis ojos se desliza una gota
de melancólico brillo, y un suspiro
queda atrapado
en el hueco sin fondo de mis oídos vacuos.
El viento, caído de tu sombra,
es como un oficio de difuntos,
como un hálito de musgo
llegando apenas a mi piel contrita,
a la mirada insolente de mis ojos
que se desgajan en la verdinegra
tristeza de tu semblante apagado.
¡Pobre de aquel hombre que no sabe verte!
¡Pobre su alma triste, empequeñecida, ciega!
¿A dónde iría a parar
tu presencia de fantasma, sauce,
si la ceguera de un hombre derriba un día
tu envejecida madera?
Y aún más: ¿a dónde iría yo?,
¿qué haría sin tu sombra única,
cuando el sol me persiga y muerda entonces,
a mitad de esta callejuela rugosa
y polvorienta?
Es mejor seguir contemplando tu belleza
ahora que me acarician tus brazos fecundos,

y no después,
cuando se haya secado
toda lágrima en mis ojos
y nuestros cuerpos mortecinos, verde amigo,
se dispongan tristemente al polvo
y al olvido.